Juan

Saúl Piemontesi

Image not found.

Capítulo 1

Juan

-¿Sabe qué es lo más gracioso, doctor? Que no puedo ni pisar un hospital, los odio y me cuesta hasta estar cerca de uno.

-Eso es bastante curioso en tu posición. Una de las primeras cosas de las que hablamos es justamente que necesitás estar en contacto con los enfermos y que mientras más puedas ayudar, mejor. ¿Por qué no podés ir a un hospital?

-Y… ya sé que parece que me contradigo, pero creo que tiene que ver con esto: yo sé que no puedo ayudar a todo el mundo… ojalá pudiera… cuando tomo el caso de un enfermo en particular es como que empieza y termina ahí. Es un trabajo completo. Hay un resultado satisfactorio. Yo me siento bien. En cambio cuando voy a un hospital es como si me diera cuenta que nunca voy a poder terminar. Siempre va a faltar algo. Siempre va a haber alguien en peor estado del que ayudé antes. Y se multiplican. La gente se enferma mucho y de todo, permanentemente. Me da la impresión de que lo que hago es tan mínimo que es lo mismo si no hiciera nada. En cambio cuando, por ejemplo, voy a la casa de alguien o a algún instituto chico… en esos casos siento que realmente estoy marcando la diferencia. No sé si me explico bien, doctor.

-Clarísimo, Juan. Es muy común lo que te pasa, no te sientas mal por eso. ¿Cómo vivís esta situación? Me refiero a que ¿No sentís que no yendo a hospitales o clínicas es como si le estuvieras escapando a algo? Cuando te ponés a pensar en esto, en que no podés ayudar a todos… ¿Cómo lo resolvés? ¿A qué conclusión llegás?

-Me resigno, doctor. Me olvido; trato directamente de no pensar en el tema, pero es muy difícil. Tengo en la cabeza un mapa de los hospitales de la ciudad y los esquivo permanentemente. Pero no sólo hospitales y clínicas o cosas por el estilo: dispensarios, por ejemplo, consultorios privados. Hasta las farmacias me dan impresión. Es cansador borrar eso de la mente. Me siento agotado. Por eso me viene bien hablar con usted. Necesito ayuda para no bajar los brazos.

-Te aseguro que vamos a lograr que te sientas bien. Una persona con tu voluntad y con esa capacidad de curar a la gente puede sentirse muy cargado, como llevando una mochila muy pesada que está obligado a mantener por toda su vida, pero vamos a lograr que no lo veas así y para eso primero vamos a enfocarnos un poco en la otra cara de la moneda. Cuando lográs curar a alguien, cuando sabés que esa persona estaba mal y ahora está bien gracias a vos. ¿Qué sentís? Tratá de

describir todo lo que puedas, tomate tu tiempo.

-Mmmm… son muchas cosas. No sé por dónde empezar.

-Si te parece empezá bien atrás; contame qué sentís cuando te presentan el caso de un paciente.

-Perfecto. Bueno, primero hay que hacer una aclaración. Antes de ver a un enfermo nadie viene a pedirme ayuda, obviamente. No tendría sentido que alguien lo hiciera. Si tuviera un diploma de médico sería lógico. Yo me entero de estas cosas porque la gente habla conmigo un poco de todo, en el día a día digamos. Quizá me cruzo con un amigo que me cuenta que un familiar suyo está mal, no sé, cosas así. Siempre me llegan de rebote los casos. En ese momento siento dos cosas; primero, un miedo terrible. No, no miedo: es nerviosismo. Me pongo muy nervioso, como si la mente y el cuerpo se prepararan para algo. Como si fuera la primera vez que voy a tener sexo, algo así. Mucho nerviosismo, el cuerpo en alerta, la mente algo nublada… y después ansiedad. Quiero empezar ya, porque sé que puedo solucionar el problema. Estoy preparado, si se quiere, todo el tiempo. Aunque en realidad ni preparación necesito, usted se dará cuenta por lo que le conté la primera vez que vine… Bueno, entonces empiezo a buscar la forma de acercarme al enfermo. En algunos casos es fácil, como cuando es un pariente o alguien de una familia cercana; lo único que tengo que decir es que quiero visitarlo y ya está. Incluso a veces tengo que ir al hospital, no me queda otra. Pero también pasa que me entero de casos graves de gente que ni conozco y con quien no tengo ninguna conexión. Esas veces le tengo que buscar la vuelta, pero me las arreglo.

-¿Cómo hacés en esos casos? ¿Me podés contar un ejemplo?

-Claro….mmm…déjeme pensar…dos casos le voy a contar. Uno es el de la nena Saravia. Estaba en el Hospital Infantil. Siete años y cáncer en la piel. Rarísimo y horrible, pobre. Aproveché que un grupo de chicos de no me acuerdo qué facultad iba a visitar a los nenes internados un fin de semana disfrazados de payasos y superhéroes y cosas así, para alegrarlos un poco. Le llevaban algunos regalos y caramelos, jugaban con ellos, les contaban historias, cantaban… ¿Se da cuenta? Bueno, me sumé a ese grupo como voluntario y fui vestido de Batman. Un Batman un poco panzón, jubilado ya isí, me da gracia también! Bueno, me las arreglé para estar solo con los padres y la nena en la habitación. Esa gente estaba destruida. Cuando llegué la nena dormía y me quedé hablando con ellos cerca de media hora. Aprendí mucho de esa enfermedad en un rato. Me di cuenta que esa nena sólo estaba bien cuando dormía, cuando estaba inconsciente…

-¿Te cuesta recordar eso? ¿Te pone mal?

-Ahora no, claro, por lo que hice, pero en ese momento fue horrible saber cómo vivía esa familia. Bueno, el tema es que de a poco fui dirigiendo la conversación donde yo quería. Al final les conté que yo tenía la forma de salvar a la nena pero que tenían que hacer un trato conmigo. Un pacto que yo hago siempre con la gente a la que ayudo. Primero me miraron como a un loco y me dijeron un montón de cosas. El padre me quería sacar de la habitación a los golpes, se lo vi en los ojos, pero para ser sincero yo lo podría haber desmayado de un solo cachetazo, lo hubiera visto usted a ese señor, petizo, muy muy flaco, débil… y creo que se dio cuenta así que al final me tuvieron que escuchar y accedieron. Total, el peligro era nulo y ellos siempre iban a estar ahí… bueh, todo esto se lo cuento para explicar cómo logré meterme en el hospital y a la habitación. El otro caso a mí por lo menos me resulta muy gracioso y triste al mismo tiempo. Era una mujer de unos cincuenta años. Rosalía Pérez Rosso se llamaba, me acuerdo. Fue hace unos cinco años. Estaba en un hospital en Buenos Aires. Cáncer terminal de páncreas… me tocan muchos de esos… era un caso especial porque la mujer no tenía familia. Padres muertos, sin hermanos, tíos, sobrinos, lo que se le ocurra. Soltera, sin hijos… trabajaba en una empresa de limpieza y no tenía estudios. Muy creyente era. Profundamente religiosa. La fui a ver haciéndome pasar por un cura que pertenecía a una organización que se dedicaba a visitar a este tipo de pacientes. De hecho la organización existe en realidad, pero en el hospital ni se preocuparon en comprobarlo. Si lo hubieran hecho capaz que iba preso porque no sólo que nunca fui parte de esa organización sino porque no hay en el mundo nadie que crea menos en la existencia de Dios que yo, jeje. Cada vez que me acuerdo del caso pienso en cómo habría zafado si me hubieran descubierto…

-Se ve que no siempre pensás todo antes de actuar, ¿No?

-Jajaja. Ni mucho menos. Resulta que me acompaña una enfermera, se asegura de que la señora esté presentable y le habla de mí para que ella acepte o no mi presencia. Yo desde el pasillo escuchaba todo. Recuerdo muy bien que Rosalía dijo: Decile que pase, por favor. Me va a hacer bien hablar con Dios antes de morirme. ¿Se da cuenta, Doctor, las cosas que hago a veces? En algunos casos me arriesgo mucho.

-¿Y valió la pena, al final? Las salvaste, así que imagino que todo el esfuerzo y el peligro que corriste, sobre todo con esa mujer Rosalía, valieron la pena. Además de que estabas preparado mentalmente para eso.

-No, doctor. Yo no le dije que salvé a Rosalía. Yo entré a hablar con ella, a solas. Le conté realmente quién era y a qué iba. ¿Sabe qué me dijo? Me dijo que ella quería morirse. Que su vida era un asco. Que no tenía futuro, proyecto, oportunidades… yo le dije que justamente le estaba

dando una segunda oportunidad. Incluso simulé ser creyente, por más que le había dicho ya que no era cura, y le dije que lo tomara como una segunda oportunidad que Dios le estaba acercando, pero nada… dijo que según como ella lo veía, Dios la había puesto a prueba toda su vida dejándola huérfana desde chica, sin poder encontrar una compañía y haciéndola que se muriera de a poco y con dolor. Para colmo, su última imagen de Dios en el mundo era una esperanza que resultaba una mentira. O sea, que yo era una mentira, porque no era cura y me había presentado como tal. ¿Y sabe qué es lo último que me dijo? Que cuando le avisaron que yo estaba en la puerta tuvo la esperanza de morirse en paz y ahora ni eso conseguía. Déjeme sola, me dijo, así me muero de una vez. Me fui sin poder decir nada más… Se murió a las dos horas, doctor… a las dos horas… llamé al día siguiente al hospital para ver cómo estaba y así me enteré. Disculpe si se me quiebra un poco la voz, pero me cuesta sacar este tipo de cosas. Así que no siempre vale la pena…

-Entiendo. Es triste, pero hiciste lo que pudiste.

-Pero no alcanzó. Yo podía salvarla.

-Según como lo ve ella, podías curarla pero no salvarla. ¿No te parece?

-Entiendo. Puede ser… lo tengo que pensar.

-Pensalo tranquilo. Mientras tanto te pregunto algo: esa nena Saravia, ¿Qué nombre tenía?

-¿Es importante?

-Puede ser. ¿Cuál era su nombre?

-No lo recuerdo.

-Intentá, por favor.

-Ok. A ver… puede haber sido Melina, Melisa… no, nada que ver, estoy confundido con otra chica. No, la verdad es que no me acuerdo.

-Está bien, después te pregunto de nuevo, porque es curioso que recuerdes el nombre completo de alguien que murió y no el de alguien que salvaste y que además resultó ser un caso muy delicado. ¿Por qué creés que es eso?

-Mmm… no lo había pensado nunca. Hay algo muy importante que quizás explica eso: yo no puedo salvar a todas las personas que intento. Es verdad que a la gran mayoría sí, digamos que puedo haber

fallado en un caso de cada treinta o cuarenta, pero a lo mejor veo el caso de la nena como uno más del montón y por eso no le doy importancia. El de Rosalía, por ejemplo, me dejó un sabor muy amargo porque estaba seguro de poder ayudarla y no tuve la oportunidad. Es muy feo que una persona le diga que quiere morirse, que no quiere que la ayuden.

-Sí, es cierto. No voy a hablar de mis pacientes pero sí quiero que sepas que entiendo la situación porque me han tocado pacientes que me han dicho lo mismo.

-Bueno, pero si se lo dicen a usted es porque han venido a buscar ayuda. NO es lo mismo.

-Claro, no es igual. Pero no nos vayamos del tema ahora. Quiero saber algo más ahora: Me dijiste que heredaste esto… de familia, por parte de tu padre. ¿Hablaste mucho con él de eso?

-Y… no tanto. Mi padre de por sí era un hombre muy reservado y con este tema mucho más. Creo que para él también debe haber sido una carga. Tenga en cuenta que mi familia es numerosa, en ese momento estábamos todos los hermanos vivos y éramos siete más mi madre y él. Trabajaba todo el día, mi viejo, y tener que ocuparse de estos asuntos debe haber sido por demás cansador. Ahora de grande me doy cuenta que siempre escuché discutir a mis padres por la ausencia de él de la casa. Estaba mucho tiempo afuera y claro, hasta que me enteré de esta "profesión oculta" pensé que buscaba… ¿Cómo decirlo? "Emoción" fuera de casa. ¿Se entiende?

-Clarísimo.

-Era buen hombre, mi viejo. Dio su vida por los demás, literalmente. El de verdad murió por los demás.

-¿Cómo murió?

-Discúlpeme, no quiero hablar de eso ahora.

-No te disculpes. Me gustaría saberlo, pero cuando quieras me lo contás. Quiero volver ahora sobre esta decisión tuya de venir a hablar conmigo. ¿Cuánto hace que te sentís así, digamos…sofocado, cansado, con ganas de bajar los brazos? ¿Qué te hizo tomar la decisión de venir a verme?

-Y… simplemente llegué al punto ese en el que uno acumula y acumula y acumula presiones y ya no sabe cómo tranquilizarse, cómo liberarse de la tensión. Yo hasta ahora he tenido una vida bastante acomodada. Tuve muchísima más suerte que mi viejo con el tema económico y además yo no estoy casado ni tengo hijos, así que soy libre

de hacer y deshacer a gusto. A mis tres hermanos que me quedan vivos los veo como mucho tres veces al año. Se puede decir que estoy solo pero que decidí vivir así. Nunca quise meterme en la vida de nadie ni que nadie se metiera en mi vida y durante mucho tiempo me sentí bien así. Ahora lo que creo es que necesito de un poco más de contacto porque he hecho mucho por otros y nada realmente bueno por mí. No sé bien cómo explicarlo…

-A ver si te puedo ayudar. Quizás lo que sentís es que lo único realmente significativo de tu vida ha sido curar a la gente y eso te da satisfacción por un corto tiempo, pero después no sabés qué hacer con tu vida personal. Te enfocaste tanto en eso que o tenés proyectos tampoco. Salvando las distancias y las… condiciones de vida de cada uno en ese sentido no sos muy diferente a esa mujer Rosalía de la que me contaste.

-Jajajajajajaja. Me dijeron que era bueno, doctor… creo que dio en la tecla. Eso es lo que me pasa. No sé qué hacer. Ya no quiero que salvar gente sea el hilo de mi vida. Necesito algo mío propio y no sé si tengo el tiempo para hacerlo. Quiero vivir distinto y no sé cómo empezar, pero además es como le digo, no sé cuánto tiempo tengo para eso...

-Bueno, sos un hombre joven aún. Tiempo tenés. Si te referís a que nunca sabemos qué va a pasar mañana… bueno, eso es cierto. Pero esa idea no puede ocupar todo tu pensamiento porque así nunca vas a encontrar la voluntad necesaria para hacer los cambios que necesitás.

-Jajaja. Perdón que me ría, doctor, discúlpeme por favor. Tiene razón en lo que dice, pero me expresé mal. En realidad no me expresé completamente. Yo en realidad alguna idea del tiempo que me queda tengo. Mire, le cuento. Yo tengo un médico de cabecera, el doctor Mantera, que ha atendido a toda mi familia desde siempre. Era el médico de mi padre, de mi madre, de mis tíos. Casi un miembro de la familia. Confío en él más que en mí mismo. Hace poco me dijo que tengo cáncer. No está avanzado y no es de los peores, pero incluso siguiendo al pie de la letra el tratamiento me da cincuenta por ciento de posibilidades de curarme. Igualmente como se detectó en forma temprana me dijo que en el caso de que todo salga mal lo mismo puedo vivir unos tres años más. En el mejor de los casos me limpio por completo y en una "situación intermedia" no me curo nunca pero vivo el resto de mi vida con pastillas, quimioterapia y no sé cuántas porquerías más.

-Pero te podés curar…

-No, no puedo. Soy la única persona sobre la que no sirve nada de lo que haga.

-Increíble. Bueno, Juan, estamos ya en hora de terminar la sesión. Me encantaría seguir, creo que queda mucho por hablar, pero

tengo un paciente en diez minutos. Por favor no dejes de venir el miércoles.

-Claro que no, Dr. Es un compromiso y no fallo nunca.

-Bárbaro. Una cosa más antes de irte. Decime, este Dr. Mantera ¿Es Pedro Mantera?

-Sí, el mismo.

-Ah, mirá vos. Es excelente. Es mi médico de cabecera también.

-Lo sé. Él me recomendó que venga a verlo y la verdad es que es el mejor consejo que pudo darme. Estoy muy conforme hasta ahora. Estoy seguro que me va a ser de mucha ayuda.

-Voy a intentarlo.

-Y yo le voy a devolver el favor. Digo, además de pagarle, claro, no se asuste. Seguro que yo lo puedo ayudar también. Al menos voy a intentarlo.

-¿Cómo? ¿Con qué?

-Le voy a contar algo que me enteré casi de casualidad en el consultorio de Mantera: Usted también tiene cáncer. Sólo que el suyo es mucho más grave y está más avanzado. El doctor se lo va a decir mañana en el consultorio. No se lo tendría que haber contado pero soy una persona muy ansiosa. No se preocupe, algo vamos a hacer. Nos vemos el miércoles.